

REVISTA DE LIBROS

The Singing Neanderthals. The Origins of Music, Language, Mind and Body, de STEVEN MITHEN. CAMBRIDGE, HARVARD UNIVERSITY PRESS, 384 pp.

El renacer del interés por los orígenes evolutivos del lenguaje al que asistimos desde hace poco más de una década ha consistido en no pocos casos en la rehabilitación de ideas ya planteadas en los siglos XVIII y XIX pero olvidadas en el XX por el tabú más o menos explícitamente declarado que marcó la decadencia de la cuestión durante el pasado siglo. Ya reseñamos en las páginas de esta misma revista [XXIII/1-3; pp. 237-240] el muy influyente libro de Michael Corballis sobre los orígenes gestuales del lenguaje [*From Hand to Mouth. The Origins of Language* (2002)], actualización y desarrollo de las ideas al respecto de Étienne Bonnot de Condillac (como el propio autor declara) y de Jean-Jacques Rousseau (que el psicólogo neo-zelandés parece sin embargo desconocer). El libro del que nos ocupamos ahora, llamado tal vez a ejercer no menos influencia que el de Corballis, desarrolla y actualiza con desigual acierto un tema ya planteado y defendido nada menos que por Charles Darwin, el de los orígenes musicales del lenguaje humano. Darwin defendió, en efecto, en *El origen del hombre y la selección con relación al sexo* (1871) y en *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre* (1872) que cabe conceder una mayor antigüedad a la música que al lenguaje, en atención a la mayor extensión de la primera dentro del reino animal, y que, atendiendo ahora a los numerosos e inequívocos rasgos musicales del segundo, resulta razonable suponer que el lenguaje es un descendiente modificado de la música evolucionado durante la historia natural del linaje humano. Supuso Darwin, además, que la fuerza creativa que habría estado en la base de este proceso evolutivo habría sido el mecanismo de selección sexual (esto es, el mayor éxito reproductivo de los más atractivos a los potenciales compañeros sexuales). El destacado psicólogo evolucionista británico Steven Mithen, conocido por su brillante *The Prehistory of Mind* (1996), suscribe en su libro todas y cada una de estas ideas y trata de darles crédito desde un punto de vista paleoantropológico.

Como ya avancé, Mithen sólo sale parcialmente airoso del difícil empeño. Desde la muy personal perspectiva de este reseñista, el aspecto del trabajo de Mithen que más convincente resulta es el que tiene que ver con su bien fundada opinión sobre la inexistencia de capacidades propiamente lingüísticas tanto en los ancestros de los humanos modernos dentro del linaje homínido (*H. habilis*, *H. ergaster*, *H. heidelbergensis*...) como en los humanos paralelamente evolucionados a partir de un mismo antepasado común (supuestamente el *H. heidelbergensis*), esto es, el *Homo neandertalensis*. A todos ellos les atribuye, no obstante, formas de expresión y comunicación basadas en emisiones de tipo holístico, capaces de influir sobre los estados de ánimo ajenos, mezcla de vocalizaciones y gestos, dotadas de rasgos en parte concordantes con los de la música y la danza y (aunque con exclusión del *H. habilis*) apta para la imitación de algunos aspectos del mundo natural circundante. Mithen estima que esta modalidad de

comunicación (la denomina con el poco afortunado nombre de «Hmmmmm») evolucionó a lo largo del linaje homínido gracias a sus ventajas adaptativas relacionadas con el ejercicio de la influencia social, la atracción sexual, la representación natural y el vínculo materno-filial. A los neandertales les atribuye una forma especialmente desarrollada de este sistema expresivo y basa la inexistencia de lenguaje propiamente dicho entre ellos en la parquedad del simbolismo presente en el registro arqueológico asociado a esta especie y en el prologado estancamiento cultural que caracteriza su historia. Cabría añadir que un reciente análisis paleogenético de la versión humana del FOXP2 [Enard *et al.* (2002)], el primer gen inequívocamente relacionado con el desarrollo de las estructuras cerebrales que soportan el ejercicio del lenguaje, le atribuye una antigüedad de a lo sumo 200 mil años lo que, en palabras del genetista Carlos Lalueza Fox, «pone en duda, indirectamente, que los neandertales pudieran tener un lenguaje como el nuestro» [Lalueza Fox (2005), p. 50]. No hay que olvidar que los neandertales ya se encontraban plenamente evolucionados y asentados en Europa hace no menos de 250 mil años.

De acuerdo con Mithen, la evolución y especiación del *Sapiens moderno*, hace asimismo unos 200 mil años, conllevó, entre otras cosas, la diversificación del Hmmmmm ancestral en dos sistemas de expresión independientes: la música tal como hoy la conocemos y el lenguaje. Son precisamente las ideas del paleoantropólogo británico acerca de la evolución del lenguaje a partir del Hmmmmm las menos convincentes, e incluso decepcionantes, de la obra. Parte Mithen de una contraposición entre las nociones de «hololenguaje» de Alison Wray (2000), que suscribe, y de «protolenguaje» de Derek Bickerton (1990), que rechaza, como los dos puntos de partida a partir de los cuales podría haber tenido lugar la aparición del lenguaje. La idea de «hololenguaje» implica vocalizaciones formalmente inarticuladas y semánticamente relacionadas con escenas o situaciones globales (por ejemplo, *arrrrgamm* podría significar algo así como «acércame esa piedra que tienes junto a ti»), mientras que la de «protolenguaje» se basa en la idea de vocalizaciones igualmente inarticuladas desde el punto de vista formal pero semánticamente relacionadas con elementos diferenciados del entorno (por ejemplo, *arg* podría significar «acercar» y *mmmm* «piedra») y una combinación, en cualquier orden, de los dos elementos «acércame la piedra»). Mithen estima que, en estricta coherencia con el marco evolutivo trazado a lo largo de su obra, sólo cabe concebir el origen del lenguaje propiamente dicho como resultado de un proceso de «segmentación» motivado por la apreciación de ciertas regularidades entre las holofrases: por ejemplo, el hecho de que tanto en *arrrrgamm* «acércame esa piedra que está junto a ti» como en *shlllga* «más piedras» aparezca el sonido *ga* y se refiera a situaciones relacionadas con piedras acabaría por motivar la asociación simbólica entre esa emisión y ese objeto. Sin embargo, Mithen es ingenuo al pensar que una vez acontecido eso habría aparecido el lenguaje: lo único que habría aparecido habría sido un tipo de protolenguaje bickertoniano, es decir, asociaciones simples entre vocalizaciones y objetos o situaciones debidamente individualizados, pero todavía faltas de articulación interna en vocalizaciones menores no significativas (es decir, doble articulación) y de patrones de combinación sistemáticos y productivos (es decir, sintaxis). Esto significa, por una parte, que Mithen se equivoca al pensar que su modelo convierte en prescindible una fase de evolución protolingüística. Además, y esto nos parece más importante aún que lo anterior, el conocimiento que se ha ido reuniendo hasta el momento sobre el gen FOXP2 parece relacionarlo con el control fino de

los movimientos articulatorios y con la combinación de morfemas y palabras en patrones regulares, todo lo cual parece más claramente relacionable, en términos evolutivos, con un proceso bickertoniano de aparición del lenguaje (doblemente articulado y sintactizado) a partir de protolenguaje que con un proceso wrayaniano de segmentación del hololenguaje, que tan sólo podría traer consigo, recordémoslo, una forma de protolenguaje. Recuérdese también que hablamos de los efectos de mutaciones surgidas de modo «concomitante o subsiguiente a la aparición del hombre anatómicamente moderno» [Enard *et al.* (2002), p. 871]. Por tanto, una vez descartadas, como concluye juiciosamente Mithen, todas las demás especies de homínidos como especies parlantes, lo más razonable parece suponer, aunque ahora contra Mithen, que al menos los antepasados más inmediatos a neandertales y humanos modernos habían desarrollado ya alguna forma de protolenguaje que debió desarrollarse aún más entre los primeros y transformarse en lenguaje entre los segundos.

Ni que decir tiene que estas diferencias del reseñista con las opiniones defendidas por el autor no restan un ápice de interés a la obra, tanto en lo que concierne a sus observaciones sobre el fundamento cognitivo del lenguaje y la música como a la brillante panorámica del proceso de hominización que el libro contiene. Discutible, pues, como todo libro que realmente aporta algo, pero enormemente recomendable.

Guillermo Lorenzo González
Departamento de Filología Española
Universidad de Oviedo
E-33011, Campus del Milán, Oviedo
E-mail: glorenzo@uniovi.es

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BICKERTON, DEREK (1990), *Lenguaje y especies*, Madrid, Alianza, 1994.
- ENARD, W.; PRZEWORKI, M.; FISCHER, S.E.; LAI, C.S.; WIEBE, V.; KITANO, T.; MONACO, A.P.; & PÄÄBO, S. (2002), «Molecular Evolution of FOXP2, a Gene Involved in Speech and Language», *Nature* 418, pp. 868-872.
- LALUEZA FOX, C. (2005), *Genes de neandertal*, Madrid, Síntesis.
- WRAY, A. (2000), «Holistic Utterances in Protolanguage: The Link From Primates To Humans», en C. KNIGHT, M. STUDDERT-KENNEDY & J.R. HURFORD (eds.), *The Evolutionary Emergence of Language: Social Function and the Origins of Linguistic Form*, Cambridge, CUP, pp. 285-302.

La historia perdida de Kierkegaard y Adorno, de ASUNCIÓN HERRERA GUEVARA. MADRID, BIBLIOTECA NUEVA, 2005, 203 pp.

A nadie se le escapa el abismo que media entre los principios de justicia del orden social y las formas de vida que predominan dentro de ese orden. Las reformas legislativas y las políticas públicas no vienen acompañadas por un movimiento de ideas —el cual no puede ser forzado legalmente— que oponga al narcisismo del tiempo presente la necesidad de adquirir las disposiciones y virtudes de una auténtica ciuda-